LUIS.

¿Quiere usted que le haga salir más que de prisa?

JOSÉ.

¡Eh! No hay que amostazarse. ¿Me conoce usía?

Desembozándose y acercándose á la Condesa, que se estremece al verle.

CONDESA.

¡Jesús! ¡Qué veo! ¿Es posible?.....

TERESA.

Sí, no hay duda; bien presente tengo yo esa cara de condenado.

JOSÉ.

No vale poner motes, mi alma.

CONDESA.

¿Eres José Ruiz?

JOSÉ.

El mismo que viste y calza, señora.

CONDESA.

¡Dios mío!..... ¿Es esto un sueño?.....

DUQUE.

Pero, ¿se puede saber.....?

CONDESA.

Ese hombre..... ese fué el que me robó á mi hija.

DUQUE.

¡Cómo! ¿Este?.....

CONDESA.

Mil diligencias se practicaron inútilmente en busca suya, y ahora.....

JOSÉ.

Ver usía cómo, cuando Dios quiere, las cosas se vienen á la mano.

TERESA.

Que le prendan, que le prendan al punto. ¡Favor, socorro!

LUIS.

No se sorprenda.

JOSÉ.

Señora, mande usía á esa vieja que calle, y á este señorito que me ausilie. Yo vengo de paz; más: vengo á hacer un favor.

CONDESA.

Sí, déjenle ustedes; y tú habla, ó teme el justo castigo de una madre que es tan desgraciada por culpa tuya.

JOSÉ.

Pues, como iba diciendo, hará ocho años (1), poco más, poco menos, que yo con mi gente asalté un coche en un camino de Andalucía.

CONDESA.

Y no encontrando lo que sin duda esperabas, decidiste quedarte con mi hija hasta tanto que á lugar conveniente se te llevase una crecida cantidad de dinero.

JOSÉ.

Cabales: así pasó la cosa sin quitarle ni ponerle.

DUQUE.

¡Y lo confiesa de buenas á primeras el muy descarado!

JOSÉ.

¡Toma! Pues si es verdad.

LUIS.

Serénese usted, amiga mía. Yo le interrogaré.

CONDESA.

No nos interrumpan ustedes. Y tú, cruel, di, ¿por qué no esperaste al emisario amigo, que iba á llevarte la cantidad que habías exigido?

(1) Catorce.

JOSÉ.

Porque ni pude esperar, ni estaba en mi mano devolver á la chica.

CONDESA.

¿Por qué? Habla: dilo. No, no; si has de decirme que murió, vete y no me lo digas.

JOSÉ.

No diré yo tal cosa; que tal como á usía se la quité salió de mis manos el angelito.

CONDESA.

Explícate pronto; pronto, por piedad!

JOSÉ.

A las cuatro ó cinco horas de haber tenido yo el grandísimo gusto de ver esa cara de cielo.....

DUQUE.

¡Pues no se atreve á requebrarla!

JOSÉ.

¡Sosiegue usted el genio, señor, que no me la comeré con la vista!

CONDESA.

Sigue, no te detengas.

JOSÉ.

Pues como digo, aquella misma noche topamos con uno que, al parecer, no merecía que le registráramos la bolsa; pero recordando que debajo de una mala capa suele ocultarse un buen bebedor, procedimos á esta operación; y en ello estábamos cuando, como si brotara de debajo de la tierra, se nos encajó encima una partida de tropa que, sin duda, emboscada nos aguardaba. El alboroto que allí se armaría no hay para qué explicarlo. Tuve un mal pensamiento, y ya iba á soltar mi coraje en la criatura que llevaba en los brazos.....

CONDESA.

¡Oh!

JOSÉ.

Cuando el tal de que he hablado á ustedes me dió con un guijarro en la frente, y ahí está la señal que no me dejará mentir; me quitó la niña y apretó á correr en dirección opuesta á la que nosotros y la tropa tomamos.

CONDESA.

Y ese hombre, ¿cómo se llama, quién es, dónde está, dónde podré hallarle?

JOSÉ.

Casualmente le he vuelto á ver, y al instante le he conocido por varias circunstancias que yo me sé.

CONDESA.

¿Y mi hija?

JOSÉ.

Es, ó mucho me engaño, una que va con él.

CONDESA.

Y, ¿qué tardas? ¿Dónde está ese hombre? Yo misma iré á buscarle.

JOSÉ.

Por lo visto á usía le interesa mucho averiguar el paradero de la chavala.

CONDESA.

¿Eso me preguntas ahora? ¿No sabes que es mi hija? Devuélvemela, y pide en cambio lo que quieras.

JOSÉ.

Á pedir he venido, que la ocasión ha de cogerse por los cabellos; y ayúdame y te ayudaré.....; y toma y daca.....; y.....

LC1385